

# “LOS ASTRONAUTAS DE VERDAD NO REGRESAN A CASA”

Un libro de Rafael Muñoz Zayas



Fotógrafa: María Alcantarilla

Rafael Muñoz Zayas (Panamá, 1972), poeta y narrador, ha publicado los siguientes poemarios: *Leucemias infinitas* (Virazón, Málaga, 1996), *Canto del mal soldado* (Ayuntamiento de Málaga, colección Monosabio, 2000), *Sones de dicha* (2001), este último Premio de Poesía Ciudad de Ronda. En 2004 ob-

tuvo el Premio del IV Concurso de Relatos José María Martín Carpena. En 2006 publicó la novela *Malestar* (Kailas, Madrid). Sus dos libros de poesía más recientes son *Tierra de provisión* (Libros del aire, Madrid, 2013) y *Los astronautas de verdad no regresan a casa* (Pre-Textos, Valencia, 2019).

La autonomía del texto poético y lo que este tiene de autorreferencial o, dicho de otra manera, el contraste no disyuntivo entre la universalidad del poema y su singularidad, entre lo conceptual y lo biográfico, sitúan al lector en un territorio fronterizo.

“Ahora que felizmente amanece / escucho / un pájaro de pico gris / que debe / -para siempre- / partir”, escribe Rafael Muñoz Zayas en el poema “Runrún del amanecer”.

Los versos finales de otro de los poemas, “Komarov”, dan título al libro e insisten en esa idea nuclear, sostenida a lo largo de sus páginas, del viaje sin retorno: “ahora que su luz se extingue / como el polvo solar de nuestra estrella / en el frío profundo / de la galaxia / que los astronautas de verdad / no regresan a casa”.

La lectura de este poemario desde la perspectiva de la referida universalidad lo conecta con la obra de autores cuya temática es la de la partida sin vuelta, la de las pérdidas, Gil de Biedma, Costafreda, Pessoa, Rimbaud o Baudelaire, entre otros, cuya poética afronta el sufrimiento, la finitud humana, nuestra condición de seres limitados. El libro que comentamos se inscribe en esa senda.

En “Los astronautas de verdad no regresan a casa” lo existencial y lo estético, fondo y forma, acontecen armoniosamente sin que ninguna de esas dos dimensiones prevalezca en detrimento de la otra. El poema “Este invierno” expresa claramente esta lograda conjunción: “El aire trae un sonido sucio / todo lo que dicen que es bello / se lo ha llevado / este invierno”.

El invierno aparece también en “Luciérnagas” y hallamos el mismo lenguaje austero, depurado, de honda belleza, la misma atmósfera: “Se te apaga la luz / como esas luciérnagas / que se resisten a morir al filo del invierno / y que vuelven el *juegoamor* de sus luces / un camino gozoso / hacia la muerte”.

“Komarov”, el poema en el que Rafael Muñoz Zayas, como decíamos, escribe que “los astronautas de verdad no regresan a casa”, es algo así como el corazón del organismo que forman los 22 poemas de la obra. Su autor evoca en él la figura del astronauta ruso Vladimir Mijáilovich Komarov, primera víctima mortal de un vuelo espacial, fallecido el 24 de abril de 1967, poco conocido si lo comparamos con sus colegas americanos, alguien que emprende un viaje hacia un sueño largamente perseguido, un personaje, el Komarov del poema, enfrentado “a un destino trágico e inútil”, laureado póstumamente, “aunque toda vida pese lo mismo / cuando termina la existencia”, que encuentra “la verdad desagradable asoma”, como nos dijo Gil de Biedma- el abismo, la desintegración, la muerte.

Nuestra condición de seres anhelantes, lo incierto de la aventura de la vida, el fulgor del relámpago cuando aparece -la brevedad de su belleza-, “mas nunca podrán

volar / tan alto / como / el camarada / Komarov”, la presencia amenazante del caos, la desolación, temas sobre los que Rafael Muñoz Zayas reflexiona en el poema a partir de la peripecia vital del astronauta ruso, constituyen también el repertorio temático del libro; un poemario de clara intencionalidad lírica, en el que las imágenes (lo que se sugiere más que lo que se narra) están al servicio de un pensar lo vivido, de un desciframiento del sentir.

El lector que, como decíamos al inicio de esta reflexión, se interna en el texto poético lo hace transitando un territorio fronterizo entre dos ámbitos. Desde una perspectiva que pudiéramos denominar “culturalista” el poemario que tiene ante sí, que pertenece a determinada línea estética, que cabe situar en alguna generación literaria, puede leerse como quien observa un territorio desde alguna altura, de un modo panorámico, global.

Pero un autor, más allá de su inserción en el canon o de cómo sea catalogado por la crítica, es alguien que sencillamente quiere contar algo. Decía la filósofa malagueña María Zambrano: “Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable”. Y añadía: “Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente”. Uno se pregunta de qué derrota brotan los versos de Rafael Muñoz Zayas. En la última página de “Los astronautas de verdad no regresan a casa”, tras el último poema, hay un breve texto a modo de agradecimiento o dedicatoria, que acaba con estas palabras: “Y a todo lo que no pudo ser”.

Más allá de la lectura culturalista mencionada, o añadido a ésta, hay un gesto esencial que es inclinarse, acercarse profundamente al libro, para escuchar la respiración que contiene. Desgajados de los poemas a los que pertenecen leo algunos versos del libro, como fragmentos de su respiración: “porque eres nada entre las cosas / porque no has sido cascada entre los labios”, “hablamos / y parece que a medida que nos acercamos / cae con más intensidad / una lluvia / lluvia poco / poco favorable”, “no queda nada que hacer / sólo permanecer quieto / resistir asustado / relatar lo frágil / que es cada momento”. El milagro de la lectura, de algunas lecturas, como la de “Los astronautas de verdad no regresan a casa”, consiste en el hecho de que sin abandonar el equipaje acumulado a lo largo de nuestra vida lectora, al acercarnos a la soledad de otro ser, escuchamos su respiración.

